

EL ROSTRO DE HEIZŌ

Un policía samurái

GŌ ŌSAKA

**Traducción del japonés:
Madoka Hatakeyama**



HEIZO NO KUBI by OSAKA Go
Copyright © OSAKA Go, 2012
All rights reserved
Spanish translation rights arranged with OSAKA Go / Bungeishunju Ltd.,
through le Bureau des Copyrights Français, Tokyo.

Copyright © 2016 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados
Traducción del japonés: Madoka Hatakeyama

EL ROSTRO DE HEIZŌ

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-944649-5-9

EAN: 9788494464959

IBIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Revisión: Raquel Ramos Cudero
Diseño de colección: Quaterni
Ilustración de portada: © Manuel Dombidau 2016
Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.
Depósito Legal: M-16084-2016
Impreso en España

21 20 19 18 17 16 (6)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

INTRODUCCIÓN

Heizō Hasegawa

Nacido 1746 en un ambiente cómodo y acaudalado, ya que su padre era escolta de autoridades del shōgunato. A los diecinueve años empezó a vivir en Honjo (Edo), donde trasladaron a su progenitor por motivos laborales. Su carácter, pendenciero y disoluto, provocó que hasta los criminales lo respetaran y temieran. Fue allí donde empezaron a llamarlo el «Hierro de Honjo» y donde se desarrollan los casos de esta novela.

A los veinticuatro años contrajo matrimonio y con veintiséis tuvo un hijo. Poco tiempo después, a causa del ascenso de su padre, tuvo que mudarse a Kyōto. Tras el fallecimiento de este, apenas un año más tarde, regresó a Honjo y empezó a ascender profesionalmente dentro del shōgunato. Para entonces, su mala fama había sido completamente olvidada.

En el período Edo era habitual que los malhechores provocaran incendios para cometer atracos. Estos, generalmente, eran llevados a cabo por grupos armados cada vez más peligrosos, a los que era imposible controlar únicamente por la policía de la ciudad, que se dedicaba principalmente a asuntos jurídicos y administrativos.

Por esta razón, se creó un nuevo cuerpo de policía, los *katō-aratame*, investigadores de robos e incendios, que podían ir armados y detener no solo a campesinos, sino también a monjes y samuráis, algo poco habitual en aquella época.

Heizō jamás mostró su rostro, excepto a sus compañeros y amigos, lo que sirvió para alimentar un rumor que rápidamente se difundió por todo Edo: si alguien conseguía ver su cara, estaba destinado a morir. Por eso, incluso los propios criminales comenzaron a sospechar de sus compañeros de fechorías. ¿Quién podía asegurar que en su banda no se había infiltrado aquel al que todo el mundo temía?

Esta es la historia de Heizō Hasegawa, un personaje real cuya fama y popularidad es tal, que en la actualidad ha alcanzado la categoría de leyenda.

Gō Ōsaka, uno de los novelistas más prestigiosos de Japón, nos ofrece seis relatos sobre el mito de Heizō, que nos permitirán adentrarnos en una época tan original y colorida como peligrosa. Una deliciosa recreación que hará las delicias de los lectores.

A lo largo de estas narraciones, acompañaremos a Heizō durante sus pesquisas y le ayudaremos a resolver los casos en los que se verá obligado a exprimir toda su inteligencia y talento, y a utilizar cuantas artimañas estén en su mano para atrapar a los malhechores.

Solo nos queda recordarte, apreciado lector, que la simple mención de su nombre hacía temblar hasta a los delincuentes más peligrosos de la época. Te deseamos que disfrutes tanto como nosotros del talento y de la habilidad de Heizō Hasegawa, un policía samurái.

Quaterni

EL ROSTRO DE HEIZŌ



1.

—Por desgracia, nadie de mi entorno ha visto nunca la cara de Heizō Hasegawa —explicó Rokuzō, el *Kurogama*¹, antes de mirar fijamente a Mio. Esta se colocó a su lado con un paso y le sirvió sake en su taza de té. Sin embargo, el líquido salió de la botella tan fuerte que desbordó la taza y se derramó sobre la bandeja. Para limpiar aquel desastre, Mio utilizó la palma de su mano y sus labios para beber un sorbo.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Rokuzō mientras miraba fijamente aquel gesto.

—No intentes engañarme. Sé que estás trabajando para Heizō como espía desde hace tres años.

Una expresión de asombro apareció en los ojos de Mio que, rápidamente, cambió por una sonrisa.

—¡Cómo puede decir eso! Yo solo me encargo de los recados de un restaurante que tiene autorización para entrar en la mansión del señor Hasegawa.

—¡Hay que ver! El Seichōrō es un restaurante de primera categoría. A él acude todo tipo de gente, la misma que mantiene conversaciones al alcance de un oído entrenado. Supongo que tu forma de actuar es la siguiente: obtener información, rumores e incluso secretos de las conversaciones entre los jefes de los

1 «Sapo negro».

grandes comercios, de los sirvientes del *shōgun*, los *rusuiyaku*² de Edo, e incluso de la gente de la calle, sin que nadie se entere para llevársela después a Heizō, ¿verdad? —Rokuzō la miraba tan fijamente que Mio tuvo que cerrar los ojos.

—Casi nunca voy a sitios tan lujosos. Además, el señor Hasegawa habla conmigo muy poco y, cuando voy a verlo para cobrar, siempre lo hace a través de un biombo.

—Vamos a ver. Tú conoces los secretos de algunos ladrones. Sería imposible que no se los contaras siendo su espía.

Mio se rio intencionadamente.

—Si usted fuera un ladrón de verdad, no andaría contando esos secretos en un lugar como el Seichōrō. Y, además, un ladrón, tarde o temprano, acabaría en la cárcel sin necesidad de que yo le chivara a nadie lo que haya podido escuchar.

Rokuzō tomó un sorbo de sake mientras mantenía una leve sonrisa en su cara.

—Ya, tienes razón. Lo que pasa es que tampoco es así. ¿Quién dice que los secretos solo se cuentan en las tiendas? De todos modos, si se enteran de que tienes permiso para ir a la mansión de Heizō, aquellos que están en el lado oscuro pensarán que eres una espía que está vendiendo a sus hermanos.

—No me diga eso. Desde que dejé ese lado, intento no relacionarme con ese tipo de gente. Ya lo sabe.

Rokuzō se inclinó hacia delante para echar sake a la taza de Mio y le dijo con calma:

—Bueno, volvamos a lo que estábamos hablando. Ni mis esbirros ni mis compañeros han visto nunca la cara de Heizō. Últimamente les he dado órdenes de que lo sigan, pero no han conseguido en ninguna ocasión ver cómo es. ¡Maldito sea! No se quita el sombrero ni para ir a patrullar ni para ir a Kodenmachō³. Ni siquiera lo hace en la casa de té o en la taberna; no mientras

2 Guardia del palacio del *shōgun* (jefe de estado), cuyo trabajo incluía encargarse de la concejalía, la gestión policial y el tráfico en palacio cuando el *shōgun* estaba ausente.

3 Nombre de un barrio de Edo.

haya ojos alrededor. ¡Si hasta para hacer una detención se oculta la cara con una capucha de piel! ¿A que sí?

Mio se encogió de hombros.

—Sí, eso parece.

—Dicen que apenas se deja ver, ni siquiera durante las investigaciones en su casa del gobierno. También dicen que deja que sus subordinados se encarguen de ladrones de poca monta. Y, cuando aparece Heizō en una investigación, todos los malhechores, todos sin falta, terminan decapitados. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No, señor.

Rokuzō volvió a mirar fijamente a Mio.

—En otras palabras: no hay nadie que haya visto la cara de Heizō y viva para contarlo. Todos los ladrones que lo han visto han acabado con la pena capital y con su cabeza expuesta a la vista del público. Por lo tanto, aparte de aquellos que viven en su mansión, sus siervos, algún comerciante o artesano, y espías, como por ejemplo tú, no hay nadie que haya visto su cara. O, si lo hay, yo no lo conozco.

—En realidad ni siquiera los que pasan por la mansión, incluidos los comerciantes o los artesanos que llevan años trabajando con él, han visto su cara, pues no está permitido. Al señor Hasegawa no le gusta la gente.

—No me digas que nunca has visto a Heizō —insistió Rokuzō.

Mio cerró los ojos.

—Pues... Alguna vez sí.

—Entonces, aunque llevara un gran sombrero, si lo vieras, podrías reconocerlo.

Un suspiro salió por la boca de Mio.

—No sé qué quiere decir con eso.

Rokuzō asintió y, cambiando de tono mientras rellenaba su pipa con tabaco, añadió:

—Te recuerdo que te he salvado la vida dos veces desde que tenías diez años y que desde esa edad has trabajado para mí durante once. E incluso, una vez, para salvar tu vida, terminé con un hombro herido. Todavía hoy me sigue doliendo de vez en cuando.

Mio se encogió.

—Ya lo sé. Nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Rokuzō no movió ni un músculo de su rostro.

—Además, cuando hace tres años empezaste a decir que querías dejar este trabajo, no te retuve. Al contrario, te llevé a Shimota-ya⁴ y te ayudé para que pudieses trabajar en el Seichōrō.

—Tiene razón.

Rokuzō acercó su cara al brasero para encender la pipa y continuó hablando:

—Te he tratado siempre como si fueses mi propia hija. Como te conté una vez, mi mujer murió diez días después del parto porque no se pudo recuperar del mismo. Y mi hija, antes de cumplir tres años, también falleció por culpa del sarampión. Si siguiera viva, tendría más o menos tu edad. Tenía pensado dejar este mundillo cuando mi hija fuera adolescente, y dedicarme a buscarle una familia con la cual poder desposarla. Así que, cuando dijiste que querías dejarlo, no te retuve.

—Le estoy muy agradecida por eso. Siempre se lo digo.

Rokuzō se rascó detrás de la oreja y sonrió de forma enigmática.

—No debería estar contándote una historia tan larga como si fuera un anciano. En realidad, hoy he venido a verte porque quería pedirte un favor. Imagino que ya sabes de qué se trata.

—Cuéntemelo, por favor —contestó Mio con voz muy seca.

Rokuzō echó humo y sorbió sake.

—Antes te he dicho que, cada vez que Heizō sale de su mansión, mis esbirros lo siguen, pero es muy escurridizo. Cuando por fin demos con su localización, te llevaremos allí. Entonces podrás ver si es él o no. Aunque no se quite el sombrero, podrás distinguirlo tanto por la ropa que lleve, como por su figura o por su forma de andar. Todo el mundo tiene un estilo propio con el que se mueve.

4 En la era Edo, cuando alguien conseguía hacer un capital, cerraba su negocio y se dedicaba a prestar dinero en una casa corriente.

Mio apretó los labios y miró al tatami fijamente. Rokuzō vació la pipa, la rellenó de nuevo y luego la encendió.

—No quiero insistirte en que me debes algo. Y, aunque me hagas ese pequeño favor, no vas a perder nada —dijo mirando el rostro abatido de Mio.

Mio levantó la cara.

—¿Solo eso, jefe?

2.

Rokuzō, el *Kurogama*, sonrió con afecto.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así. Me alegra volver a escucharlo.

Mio se sintió alterada y, apartando la mirada, dijo con un suspiro:

—Sí, el señor Hasegawa suele llevar su gran sombrero cuando sale de la mansión, como dice usted, por lo que no estoy segura de si sería capaz de reconocerlo al ver solo su ropa. Así que, aunque diga que sí podría hacerlo solo por su figura o por su forma de moverse, no puedo prometérselo.

—Siempre has tenido buena intuición, así que no me cabe la menor duda de que lo conseguirás; no me preocupa.

Mio buscó en su cara qué había detrás de lo que le estaba pidiendo.

—¿Cuál es el motivo por el que quiere que lo identifique?

—dijo tragando saliva.

Los ojos de Rokuzō brillaron mientras echaba el humo de la pipa.

—¿Conoces a Kunimatsu de Akaiwa⁵?

Ella asintió.

—Sí. Conozco su nombre.

5 Un pueblo de la provincia de Gunma.

—Pues, hace como un mes, Kunimatsu asaltó al farmacéutico de Tōranya. Sin embargo, el equipo de Hasegawa lo estaba esperando para tenderle una emboscada. Sus esbirros fueron detenidos y Kunimatsu, desesperado, se enfrentó a Heizō, quien lo mató con su espada. Y ya sabes lo que pasó después.

—Sí, claro. El señor Hasegawa obtuvo una gran reputación. En cambio, el pobre Kunimatsu quedó como un ladrón desalmado. De esta manera, la gente acabó diciendo que Kunimatsu se merecía morir como lo hizo.

—Eso es, Mio. Tienes razón. Ese tipo era malo hasta la médula. Por eso, hasta ahora, nunca le había comentado a nadie que éramos hermanos —le contestó Rokuzō con el ceño fruncido.

Mio se sorprendió con lo que acababa de escuchar.

—Dios mío, ese Kunimatsu era su... —Mio se quedó sin voz e intentó preguntarle de nuevo—: ¿Era su hermano?

—Así es. Aunque yo era bastante mayor que él.

Ella tragó saliva de nuevo.

—Pero, jefe, usted siempre decía que los ladrones no son malas personas. Cuando yo trabajaba bajo sus órdenes, usted nunca mataba a nadie ni hería ni violaba a mujeres. Y, sin embargo, su hermano, ese Kunimatsu, parece que era peor que un diablo.

Al escuchar el comentario de Mio, Rokuzō echó humo con amargura, y golpeó el cuello de su pipa en el cenicero.

—Ya ves. Por eso corté mi relación con él hace mucho tiempo. La última vez que lo vi fue hace ya doce años.

—¿Y qué tiene que ver la relación con su hermano con que yo tenga que ir a ver al señor Hasegawa? —le preguntó Mio en voz baja, mirando su semblante serio.

—¿Sabes? Aunque sea un delincuente, no deja de ser mi hermano. Además, ya tengo una edad y creo que es hora de zanjar mis deudas. Vengaré el asesinato de mi hermano y me encontraré con él en el reino de los muertos —contestó Rokuzō apuntándola con la pipa.

—Usted quiere vengarse.

Mio tocó el tatami con las manos sin decir ninguna palabra.

—Así es. En primer lugar, fue culpa mía que mi hermano acabara siendo un ladrón. Si no me hubiese metido en este mundo, él habría seguido en el camino correcto. Y, para colmo, como consecuencia, se convirtió en alguien malvado. Es inevitable que me sienta responsable —respondió Rokuzō con su sonrisa irónica.

—No le creo. Lo que está diciendo no tiene sentido.

—¡Claro que sí! Aunque corté mi relación con él, no puedo dejar las cosas así. Tengo que acabar con Hasegawa para poder quitarme este peso de encima.

—Oh, no. No creo que sea capaz de hacerlo. Usted nunca ha hecho nada parecido.

En vez de contestarle, Rokuzō se bebió el sake despacio, y dijo de nuevo:

—He oído muchas cosas sobre él. Algunas buenas y otras malas, así que no soy capaz de imaginar cómo es en realidad.

Mio también cogió la taza de sake con sus manos y se la acercó a su boca.

—¿Qué cosas ha oído?

—Cuando Heizō se hizo policía del *katō-aratame*⁶ en el séptimo año de la era Tenmei (1788), la gente se quejó y se preguntó cómo un tipo como él había conseguido llegar a serlo. Le consideraban una persona muy orgullosa y pensaban que todo lo que hacía era para destacar. —Mio no cambió la expresión de su cara. Rokuzō continuó—: Ahora, cuando hay un incendio, manda a sus subordinados con una linterna que lleva su emblema. De esta manera, se forma un gran revuelo y todo el mundo sabe que Heizō está por ahí. Ese hombre sabe venderse muy bien.

Mio se rio con amargura.

—Madre mía. No tiene buena fama.

—Sin embargo, últimamente ha cambiado. Ha mejorado su reputación. Antes, la policía del *katō-aratame* se llevaba cosas

6 Departamento de policía especializado en los incendios provocados y robos.

prestadas sin permiso o acusaba sin pruebas a la gente, sin saber si eran culpables o no. Eran unos desalmados. No obstante, desde que Heizō se hizo cargo de estos asuntos, si atrapan a un sospechoso que resulta ser inocente, lo dejan libre con una indemnización. Por eso, muchos ladrones prefieren que los detenga la policía del *katō-aratame* que la oficina del magistrado —añadió Rokuzō.

—¡Impresionante! —dijo Mio.

Rokuzō movió la cabeza para mostrar que no estaba de acuerdo.

—El caso es que dicen que Heizō tiene muchos gastos y que, por ello, tiene deudas en varios sitios.

Ahora fue Mio quien movió la cabeza.

—Es verdad. El señor Hasegawa trata muy bien a los que están por debajo de él o a los funcionarios del pueblo. Es un poco manirroto.

—No creo. Más bien gasta mucho para mantener la lealtad de sus subordinados. Además, he oído que Heizō va de tienda en tienda sin motivo alguno para multar a la gente sin ninguna causa justificada.

—Ya. Quizá solo va a tiendas grandes que no tienen problemas económicos. Y, aunque les ponga multas, el dinero es para el gobierno. Puedo jurar que él no se lleva nada para sí mismo.

Rokuzō se rio.

—Me parece que estás defendiéndolo más de lo necesario.

—Solo estoy diciendo la verdad.

Él se calló un rato y luego continuó:

—Por lo visto, Heizō está interesado en el puesto de magistrado. Estará intentando conseguir dinero y fama para poder conseguirlo. Heizō es misterioso y también astuto.

Mio estaba a punto de decirle algo, pero se quedó callada. Rokuzō cruzó los brazos y estiró la espalda.

—Bueno, cuanta peor fama acumule, más ganas tendré de matarlo. Aunque reconozco que no será nada fácil. Pero, de verdad, me encantaría clavarle la espada aunque tuviera que perder la vida en el intento. Por eso te estoy diciendo que necesito tu colaboración.

Mio lo miró de forma directa.

—Dado que trabajo para él, ¿no cree que yo pueda traicionarle a usted?

Rokuzō negó, moviendo la cabeza hacia los dos lados.

—Nunca jamás pensaría algo así. Desde que te recogí con diez años, cuando iban a obligarte a ser a una camarera en Kumagai-shuku⁷, he estado cuidando de ti. Además, como te dije antes, he salvado dos veces tu vida. Por ello me resulta imposible imaginar que me puedas traicionar. Entre los ladrones también tenemos códigos y obligaciones morales, aunque a la policía le dé igual que nosotros contemos con nuestras propias reglas o mierdas del estilo. —Mio se quedó sin decir nada, con la mirada fija. Rokuzō siguió hablando con firmeza—. Hasta ahora, nunca, nunca he matado a nadie. Pero ahora voy a romper mi propia regla e intentar clavarle mi espada y, si es posible, quitarle la vida. Considera todo lo que te he dicho, estoy pidiendo tu ayuda.

Ella se quedó pensativa un buen rato y, finalmente, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Haré lo que usted me diga.

7 Kumagai-shuku es la octava estación de la Kisokaidō, una de las cinco grandes rutas del periodo Edo. Los viajeros paraban en los pueblos de estas estaciones para descansar en sus viajes. Originariamente, fueron lugares de descanso para los caballos y personas que se dedicaban al transporte.